

Lamoricière mereció toda la gratitud de los católicos. Pocos meses antes, hablando con el Sr. de Corcelles, ex embajador de Francia en Roma, sobre la causa pontificia, el general había dicho con mucha naturalidad: «Es una causa por la cual sería hermoso morir.» Encontrábase en Picardía, en el castillo de Prouzel, cuando, en marzo de 1860, monseñor de Merode fué á visitarlo acompañado de su hermano el conde Werner de Merode. Hubiera podido alegar que tenía en el partido liberal y hasta entre los demócratas una vieja popularidad que iba á comprometer; que las dificultades eran inmensas y las probabilidades de éxito casi nulas; que la obra sería muy ingrata si se limitaba á una misión de policía, y que conduciría á un fracaso casi inevitable si la lucha estallaba en las fronteras. Lamoricière fué seducido por la grandiosidad del sacrificio, sin considerar nada más. Su aceptación fué completa y sin reserva alguna. Escribió al general Bedeau, su antiguo compañero de armas, una carta en que le decía: «Encargo á uno de nuestros amigos comunes que os diga la resolución que he tomado... No tengo verdaderamente confianza más que en Dios, porque, á lo que sé, la fuerza de un hombre no puede ser suficiente para la obra que voy á emprender... Espero que en todo caso no me faltará la audacia; pero aguardo la recompensa más bien del cielo que de la tierra.» Hecha esta única confidencia, despidióse brevemente de los suyos, metió su sable de Africa en el equipaje, y aunque apenas restablecido de un ataque de gota, partió sin decir adonde iba. El secreto se había considerado necesario, por temor de que el gobierno francés interviniera cerca del papa y le hiciese cambiar de resolución. El general llegó el 1.º de abril á Roma con monseñor de Merode, fiel compañero de su viaje. A la orgullosa satisfacción de conducir semejante campeón á los pies del papa se unía en Merode el placer de pensar en los apuros de los diplomáticos, en el despecho del embajador de Francia y en el azoramiento de los viejos cardenales.

En 31 de marzo, al saber que el general se encontraba en Ancona, el Sr. de Grammont escribió á Thouvenel: «Como podéis suponer, todo el mundo se preocupa de la llegada de Lamoricière. ¿Qué vendrá á hacer aquí?» En los días siguientes, los partes del embajador revelaban un vivo disgusto. Ya no cabía duda. Lamoricière había aceptado el cargo de generalísimo del ejército pontificio. Pero la ley francesa le prohibía servir en el extranjero sin la autorización del gobierno imperial. Probablemente, la autorización no sería negada, si se pedía antes de la entrada en funciones. Lo que aumentaba el mal humor del duque de Grammont, era la actitud del general Goyón, quien, no viendo en Lamoricière más que un compañero de armas mucho más antiguo que él en graduación y muy ilustre por sus servicios, lo había acogido cordialmente y colmado de atenciones. En 7 de abril, el embajador, despechado, formuló contra Goyón una verdadera queja, añadiendo que la combinación Lamoricière se ejecutaba con un espíritu de incontestable hostilidad contra el gobierno del emperador. Señalaba la llegada á Roma de algunos franceses conocidos por sus opiniones legitimistas. Según el embajador, se trataba de una trama urdida y estimulada, si no por el papa en persona, al menos por su camarilla. Como revancha, el diplomático proponía

la retirada inmediata y completa de las tropas de ocupación.

Intervino el cardenal Antonelli y hasta el papa mismo se interpuso. La autorización de servir al Padre Santo fué solicitada y concedida. Prometiéndose que Lamoricière sólo desempeñaría en Roma una misión militar, sin cubrir jamás con su nombre los manejos de los partidos políticos. El general hizo una visita al embajador. El duque de Grammont, muy calmado, trató de retirar su queja contra Goyón: desgraciadamente ya había sido entregada al emperador. Conjuróse el conflicto, pero si la lucha abierta cedió el puesto á relaciones menos tirantes, los gérmenes de disensiones subsistieron y los veremes reaparecer en toda ocasión (1).

A Lamoricière le absorbían demasiado sus ocupaciones para continuar haciendo caso de aquellas rivalidades. Al mismo tiempo que él tomaba el mando en jefe, Merode era nombrado *ministro de las armas*, de modo que entre los dos llevaban todo el peso de la empresa que había de hacer revivir ó consumir la caída del Estado pontificio. Ambos eran valientes: de no serlo, los hubiera desalentado desde el principio la escasez de recursos. El ejército comprendía apenas siete ú ocho mil hombres, mal vestidos, mal equipados, mediocremente mandados y trabajados por las excitaciones de fuera. La caballería era insignificante, y de la artillería, valía más no hablar. El poco material de guerra existente era tan anticuado, que sólo hubiera servido para algún museo. Oficialmente, subsistían ciertos establecimientos militares; pero hacía tiempo que se les había dado otro destino. Un día Lamoricière quiso visitar lo que llamaban almacén de artillería, y lo encontró ocupado por un taller de carruajes y por varios artistas que desde tiempo inmemorial lo habitaban; y así era todo lo demás. La única dificultad no estaba en la escasez de material, sino en que había que llamar al orden á los oficiales negligentes, á los administradores inactivos y á los contratistas sospechosos. Había en Roma, no grandes banditismos, pero sí una porción de pequeñas faltas de probidad que se absolvían de por sí á fuerza de ser toleradas. Las órdenes del general ó del ministro de las armas no iban á encontrar ninguna oposición abierta; pero, desde los primeros días, se pudo adivinar una resistencia de inercia capaz de paralizarlo todo si no se la vencía, resistencia tanto más peligrosa cuanto que podía creerse aprobada. Antonelli, obligado á compartir la influencia, observaba con impasible frialdad todo aquel aparato bélico. No contrariaba la prueba empezada, esperando que la fatiga de tan dura empresa ó un gran fracaso volvería á valerle la confianza de Pio IX. Dada la alta situación del cardenal, no sostener éste la empresa equivalía á entorpecerla. Su gabinete iba á ser el refugio de todos aquellos á quienes aturdió la infatigable actividad de Merode ó á quienes mortificaban las rudezas del general Lamoricière.

Sólo á costa de muchos resentimientos personales pudo Lamoricière someter al trabajo y á la disciplina á todos sus subordinados. Empezó por visitar las principales ciudades del Estado pontificio, fijando sobre todo su atención en Ancona. Estimaba que, en caso de

(1) Véanse las cartas del duque de Grammont al Sr. de Thouvenel, fechas 31 de marzo, 3, 7 y 13 de abril (*Le Secret de l'Empereur*, tomo I, págs. 106-126).

peligro, los franceses cubrirían á Roma; pero á él le incumbiría, al oriente del Apenino, la defensa de los Estados de la Iglesia, y en tal previsión, convenía convertir Ancona en una verdadera plaza de guerra. Había que reforzar ante todo el efectivo irrisoriamente débil de los batallones existentes. Tomáronse medidas para activar la recluta entre los austriacos, los suizos y los irlandeses. Firmáronse contratos para el equipo, armamento y manutención de los hombres. Mientras tanto, Lamoricière buscaba por todas partes oficiales expertos y capaces; confió la organización de su artillería á un capitán dimitente del ejército francés, el Sr. Blumensuhl; obtuvo el concurso de algunos romanos, particularmente instruídos y celosos; llamó á su lado al Sr. de Pimodán, francés de origen, que había servido brillantemente largo tiempo en las filas austriacas; y se aseguró luego la cooperación de otros franceses, tales como los Sres. de Beudelievre, Cheigné y Charette, algunos de los cuales habían servido en el ejército nacional y otros en el extranjero. Jefes y soldados iban á componerse de elementos muy heterogéneos, pero las circunstancias no permitían otra cosa mejor. Esta organización, apenas esbozada y que, aun después de concluída, había de ser tan imperfecta, exigía una perseverancia y una firmeza inauditas, tan difícil era estimular á los funcionarios militares y civiles. En medio de sus cuidados, Lamoricière tenía la satisfacción de recibir cartas de Francia anunciándole la próxima llegada de voluntarios. En las provincias católicas del Oeste se manifestaban, en efecto, las primeras señales de un movimiento generoso que había de llevar á la defensa del Papado á tantos jóvenes de noble raza y corazón intrépido. Por aquel entonces desembarcaron en Civita-Vecchia los primeros voluntarios, que desde luego habían de llamarse *Tiradores* y más tarde *Zuavos*. Lamoricière no sólo apelaba á la juventud, sino que también á sus antiguos camaradas de escuela ó de regimiento.

El embajador de Francia observaba con una atención más irónica que benévola todo aquel despliegue de actividad militar. En sus cartas particulares se burlaba siempre de Merode, «ese prelado marcial que imitaba á Julio II.» Señalaba ciertas recepciones celebradas en el Vaticano y en las cuales la política del emperador había sido, según se decía, severamente juzgada. Los nombres de los que ingresaban en la nueva milicia del Padre Santo eran bastante significativos. ¿Qué quería decir aquella nueva cruzada? ¿Se pretendía resucitar el Vandeado ó más bien el ejército de Condé? Exagerando mucho los números, el embajador evaluaba en 16 ó 17.000 hombres el ejército pontificio; añadía que desembarcaban 400 ó 500 voluntarios cada semana y que se esperaba á unos 1.000 irlandeses (1). Grammont estimaba que, teniendo el papa tantos defensores, la ocasión era excelente para retirar nuestras tropas. No hablaba ya de una retirada en masa, que hubiese hecho olvidar toda la protección pasada; sino de una evacuación progresiva que, sin indisponernos con la curia romana, pondría fin á una situación onerosa y llena de dificultades. Proponía que se activasen las negociaciones con el cardenal Antonelli, á fin de terminarlas an-

(1) Despachos de Grammont á Thouvenel, 14 y 28 de abril de 1860 (*Libre jaune*, de 1860, págs. 105 y 111).

tes de que Lamoricière, que giraba entonces una visita de inspección por el Estado pontificio, volviese á Roma y pudiese aconsejar objeciones; porque el general y su partido, al decir de Grammont, «simulando aprobar nuestra retirada, harán todo lo posible para retrasarla hasta octubre (2).» En París estos proyectos, que respondían á un deseo ya antiguo, fueron plenamente aprobados. El mayor peligro á evitar era una agresión del Piamonte. Cavour prometió todo cuanto se quiso. «Estamos seguros, escribió en 1.º de mayo el Sr. de Thouvenel al duque de Grammont, de que el gobierno sardo no tiene intenciones de atacar á las Marcas (3).» Después de cambiar notas con el cardenal, acordóse em-



El duque de Grammont

pezar la evacuación con la salida de un batallón de cazadores de infantería; seguiría á éste uno de los regimientos del mismo cuerpo para ser embarcado en junio en Civita-Vecchia, y el resto del ejército sería repatriado en julio y agosto.

El convenio quedó concluído en 11 de mayo. Al día siguiente el duque de Grammont salió con licencia; pero en aquel mismo momento una grave noticia, transmitida de Génova, cundía por Europa, obligando á nuestro gobierno á aumentar, en vez de restringirlas, las medidas de vigilancia. Mientras se preparaba en Roma la cruzada que acabamos de indicar, otros cruzados, los de la Revolución, se embarcaban para Sicilia con Garibaldi.

III

Poco tiempo después de la paz de Villafranca, Cavour, encontrándose en Pressinge en casa de sus amigos los Sres. de La Rive, les dijo, en un momento de expansión: «Me ocuparé de Nápoles; se me acusará de revolucionario, pero ante todo hay que ir adelante, y marcharemos.» Lo que en Cavour no era más que una

(2) Carta de Grammont á Thouvenel, 24 de abril (*Le Secret de l'Empereur*, tomo I, pág. 135).

(3) Véase *Le Secret de l'Empereur*, tomo I, pág. 146.

idea vaga, pronto desechada ó aplazada al menos, hacía tiempo que formaba parte del programa, que podemos llamar clásico, de los viejos conspiradores de profesión. En varias ocasiones Mazzini había tratado de lanzar algunas partidas de insurrectos sobre las costas de la Italia meridional, esperando que la insurrección se propagaría de Sur á Norte, ganando Nápoles y Roma y arrollándolo todo por todas partes. La guerra de Italia le había parecido una ocasión favorable para renovar sus tentativas. Aún duraba la lucha cuando, á principios de julio de 1859, se avistó con un proscrito siciliano llamado Francisco Crispi, que entonces se encontraba en Londres, y le confió la misión de ir á provocar en su patria un levantamiento en armas. Mazzini no pensaba, ni remotamente, en ninguna acción común con Cerdeña: «La Sicilia no puede esperar nada del Piamonte (1),» tal era la máxima que importaba difundir por todas partes. En agosto Crispi logró desembarcar en Sicilia, pero en seguida pudo darse cuenta de lo quimérico de las instrucciones del que él llamaba su amo. La mayor parte de los liberales, ó patriotas, se habían afiliado á la *Sociedad nacional*, bajo los auspicios de La Farina, antiguo discípulo de Mazzini, pero pasado á Víctor Manuel y, por tanto, excomulgado por el pontífice. So pena de fracasar, Crispi tuvo que ampliar su programa y hablar únicamente de libertad y de independencia. Desde luego se preparó un movimiento insurreccional para el día 4, y luego para el día 11 de octubre; pero no estalló, ya por temor á la policía que sospechaba algo, ya por deferencia á ciertos consejos favorables al aplazamiento. Crispi se refugió en Malta y pasó luego á la Italia central. Allí, desviándose cada vez más de sus instrucciones primitivas, tomó por confidentes á aquellos mismos amigos del Piamonte, con los cuales se le había recomendado que evitase todo contacto. El 10 de diciembre vió á Farini, entonces en plena influencia y dictador de la Emilia; después de una larga conferencia, ambos estuvieron de acuerdo que el mejor medio de completar la unidad sería preparar una expedición de voluntarios que desembarcase en Sicilia. A una petición de auxilio en metálico, Farini contestó en términos favorables, pero sin decidir nada. «Id á Turín, añadió, y hablad de todo esto á Rattazzi.» En Turín, Rattazzi, que era aún presidente del consejo, se mantuvo en una prudente reserva; á la súplica de que dejase obrar é hiciera la vista gorda, contestó negándose á contraer compromiso alguno. Crispi vió también á La Farina, antiguo amigo suyo, del cual se había separado, y habló largo tiempo con él sin convenir en nada de positivo. Por el momento cesó la negociación. El gobierno piemontés, antes de tomar resoluciones sobre la Italia meridional, había de terminar las anexiones del Centro. Pero es curioso examinar los primeros orígenes de la empresa audaz que pronto había de derribar á la monarquía napolitana.

Existía en Italia un hombre al parecer muy apto para llevar á efecto tan atrevido golpe de mano, y este hombre era Garibaldi, valiente y hábil cabecilla que tenía sobre todo el don de arrastrar á los pueblos. Se le había visto á fines de otoño en la Italia central meditando una invasión de las Marcas. Reiterados consejos proceden-

(1) Francisco Crispi, *Repubblica e monarchia*, pág. 20.

tes de Turín y de Florencia le habían hecho desistir de aquella peligrosa intentona. Hacía algún tiempo que estaba inactivo, ora recogiendo en la soledad, ora soñando en alguna brillante aventura. Ninguna, en su concepto, había de ser más brillante y provechosa que la de Sicilia. Mas para tal expedición hacía falta el apoyo secreto de la Cerdeña. Faltaba saber si el gobierno sardo querría comprometerse hasta la complicidad. Por otra parte, Garibaldi temía un patronato que tarde ó temprano coartaría su independencia. El aventurero no se fiaba de Cavour, y por añadidura, una circunstancia reciente había trocado su desconfianza en verdadero odio. Niza, que un tratado acababa de ceder á Francia, era su patria y no perdonaba que se hubiese traficado con su ciudad natal.

En tal estado las cosas, cundió á principios de abril la noticia de una insurrección en Palermo. ¡Buena ocasión para tender la mano á los que deseaban entregarse! Garibaldi se encontraba entonces en Turín, donde acababa de abrirse el Parlamento. Nino Bixio, antiguo compañero del general, fué á encontrarlo en compañía de Crispi, y le suplicó que se pusiese al frente de una expedición armada que auxiliase á los insurrectos. La respuesta reveló alguna indecisión. Vencido por las instancias de sus amigos, Garibaldi acabó por entregarse, pero no quería obrar si el levantamiento no ofrecía serias probabilidades de duración, de lo contrario el auxilio exterior no llegaría hasta después del triunfo de la reacción. ¿Cuál era la extensión del movimiento? Sobre esto las noticias eran contradictorias. El 11 de abril un despacho telegráfico anunció que la represión era segura. El 13, en la Cámara de los diputados, un amigo de Garibaldi, el Sr. Bertani, interrogó á los ministros. Cavour no era hombre que se comprometiese de antemano, y se limitó á decir que no podía *hacer de gacétilero*. Pocos días después se cerró la Cámara y Garibaldi marchó á Génova, hospedándose en la *villa Spínola*, cerca del pueblecito de Quarto, á cinco kilómetros de la ciudad. Allí habían de concentrarse todos los preparativos. Pero la expedición, ¿se efectuaría? Sobre el estado de Sicilia únicamente se recogían rumores confusos. Garibaldi se mostraba más triste que confiado: volvía siempre su mirada hacia Niza, cuyo abandono deploraba; en cuanto á la empresa que había de marcar su fortuna, le inspiraba entonces serios temores.

Nada era posible hacer sin la ayuda ó al menos la complacencia de las autoridades oficiales. Había que descubrir sobre todo los pensamientos de Cavour.

Hacía mucho tiempo que éste tenía puesta su atención en el reino de las Dos Sicilias. Tenía en Nápoles por agente al Sr. de Villamarina, modelo de diplomáticos, cuya misión consistía menos en conservar las acostumbradas relaciones internacionales que en preparar la absorción. El mejor medio de obtenerla sería una alianza que poco á poco se convirtiese en vasallaje. Desde el principio de su embajada, ó sea desde 1859, el Sr. de Villamarina pareció en Nápoles un mensajero de amistad. Proponía una unión íntima entre los Estados del Norte y del Sur ligados para la defensa de Italia. El joven rey Francisco II, que había sucedido recientemente á su padre, quizá escucharía sus insinuaciones, y valdría más englobarlo en la órbita del Piamonte que haber de destronarlo. Esta era la política

que prefería Cavour. A pesar del lenguaje impaciente empleado hacía poco en Pressinge, sentía la necesidad de afianzar sus conquistas y de hacer alto antes de ir más allá. No renunciaba seguramente al reino de Nápoles: pero hubiera querido esperar la oportunidad de cogerlo. En tales circunstancias tuvo conocimiento de los proyectos de los garibaldinos, pues por medio de La Farina y otros estaba al corriente de todas las tramas del partido democrático. Su perplejidad fué extrema. En seguida preguntó á Villamarina si era posible crear en las Dos Sicilias una corriente anexionista análoga á la que se había producido en Toscana. La contestación del enviado sardo fué terminante. En las provincias de tierra firme no había que soñar en semejante manifestación: en Nápoles el rey tenía el ejército en su favor, y los napolitanos eran amantes de su autonomía. La Sicilia era otra cosa: allí la idea de la anexión estaba arraigada, y era la que había inspirado los últimos acontecimientos de Palermo y de Messina (1).

Mientras tanto, Víctor Manuel visitaba sus nuevas provincias, y Cavour tuvo que partir tras él para la Toscana. Ninguna de las pompas del viaje desvió su espíritu de la arriesgada empresa que de tal modo podía servirle ó comprometerle. No pudiendo dominar por más tiempo su impaciencia, abandonó al rey en Pisa y, embarcándose en Liorna con el pretexto de visitar la Spezia, llegó el 22 de abril á Génova. Conferenció largamente con el subgobernador, y al día siguiente recibió á Sirtori, uno de los principales compañeros de Garibaldi. Sirtori había hecho desde luego alusión á una empresa posible contra las Marcas: «No, no, interrumpió vivamente Cavour, nos opondremos á ello con todas nuestras fuerzas.» En cuanto al proyecto de expedición á Sicilia, el ministro escuchó silenciosamente todos los detalles. Según Sirtori, Cavour lo aprobó calorosamente, diciendo: «Está bien; hay que empezar por el Sur para subir hacia el Norte. Tened por seguro que, cuando llegue la hora, nadie me ganará en audacia (2).» Sin embargo, al día siguiente, de regreso en Turín, envió un mensajero á Génova para hacer que Garibaldi desistiera de su propósito. Tal vez, en el intervalo, había experimentado influencias contrarias ó recibido noticias desfavorables sobre la insurrección de la isla. La verdad es que á Cavour le asustaban los peligros extraordinarios de la empresa. A pesar de su habitual resolución, vacilaba. La presa se le ofrecía prematuramente y antes de haber él preparado los medios de cogerla. Además temía la preponderancia de los mazzinianos, las temeridades de Garibaldi y la intervención de Europa. Sólo en los últimos días había de desprenderse de sus escrúpulos, dominar sus temores y decidirse (bajo la influencia del rey) á secundar la aventura.

¿Cómo no había de estar perplejo Cavour si hasta en la camarilla de Garibaldi continuaba reinando la incertidumbre? Durante los últimos días de abril, tanto en Génova como en la *villa Spínola*, los consejos reflejaron mucho trastorno y confusión. Del estado de Sicilia dependía la marcha ó el aplazamiento, y no se sabía nada con precisión. El 25 llegó de la isla un patrón de

barca, portador de noticias favorables. Pero, al día siguiente, un mensaje de Malta anunció varias derrotas. En torno del general, los sicilianos abogaban en favor de la acción, pero otros callaban ó proponían abiertamente que se separasen. Dicen que el 29 Garibaldi declaró que iba á volverse á Caprera. El 30, las resoluciones cambiaron de nuevo. Bixio y Crispi llegaron á la *villa Spínola* con cartas y telegramas anunciando que la insurrección, lejos de apaciguarse, aumentaba en intensidad. Entablóse una discusión á la cual Garibaldi puso pronto fin. Era hombre impresionable, tan fácil de entusiasmar como de desalentar: «Partamos, dijo, pero partamos en seguida.» Desde aquel momento toda vacilación cesó.

Para la excursión á Sicilia se necesitaban soldados, armas y buques.

Los soldados eran fáciles de encontrar. Defensor de la república romana en 1849 y recientemente jefe de cuerpos francos en la lucha contra el Austria, Garibaldi tenía numerosos partidarios que no esperaban más que una señal para correr en armas á su lado. La mayor parte de ellos se encontraban ya en Génova y se reunían en grupos sin recatarse: los oficiales comían jovialmente en el café de la *Concordia*, y los soldados jugaban á los bolos en los jardines de *Acqua Sola*. Todo el mundo observaba con curiosidad á aquellos extranjeros, á excepción de la policía. En los días siguientes, los cuadros ya formados recibieron nuevos contingentes que fueron llegando. En cuanto á las armas, se dijo que fueron proporcionadas el 4 de mayo por mediación del amigo de Cavour, Sr. La Farina, que había encargado antes de Módena varias cajas de fusiles (3). Así equipada, la tropa se elevó á un efectivo de un poco más de 1.000 hombres; de ahí que en lo sucesivo se les designara con el nombre de *los mil*.

Faltaba asegurar los medios de transporte. Bixio se había encargado de prepararlos. Había servido en la marina y conocía muy bien los recursos de Génova. En el puerto se hallaban estacionados dos vapores, el *Lombardo* y el *Piamonte*, pertenecientes á la compañía Rubattino. El director de la compañía consintió en que los dos barcos se utilizasen para la empresa. Únicamente exigió que se le garantizase su importe y que un simulacro de ataque, ejecutado en el momento de la salida, permitiese decir que la tripulación había sido obligada. En el mismo puerto, y cerca de los dos vapores, una oportuna casualidad había colocado un viejo barco inservible. En la bodega de éste se depositaron previamente las cajas de fusiles, municiones y bagajes, de modo que en la noche de la salida no hubiese más que trasbordarlos (4). Todos estos preparativos se llevaron á cabo sin dificultad alguna y sin tropezar con un solo carabinero, ni un solo vigilante, ni un solo oficial del puerto.

Pero lo que la policía no quería ver, era imposible que la diplomacia lo ignorase enteramente. En 28 de abril, el Sr. de Talleyrand había hecho algunas preguntas embarazosas (5). Los informes de los cónsules del

(1) Luis Chiala, *Lettere edite ed inedite di Camillo Cavour*, tomo IV, pág. CXXXVI.

(2) Discurso del Sr. Sirtori en la Cámara de los diputados, 19 de junio de 1863 (*Parlamento italiano*, 1863, pág. 214).

(3) La Farina, *Epistolario*, tomo II, pág. 213. — Véase también el discurso del Sr. Bixio en la Cámara de los diputados, 19 de junio de 1863 (*Parlamento italiano*, 1863, pág. 214).

(4) Véase Guerzoni, *Vita di Nino Bixio*, págs. 158-159.

(5) Véase *Livre jaune*, 1860, pág. 139.

Génova señalaban las reuniones, los preparativos para un golpe de mano, los rumores de marcha para un punto desconocido: según unos, la expedición tenía por objetivo el Estado pontificio, y, según otros, la Sicilia. Víctor Manuel, que viajaba constantemente, se encontraba entonces en Bolonia. Cavour se apresuró a ir á su encuentro: de este modo escapaba á las preguntas demasiado apremiantes, y además, en el momento decisivo, quería recibir las últimas órdenes de su soberano. Aun en aquel momento el gran ministro no se atrevía á comprometerse del todo, tan grande le parecía la temeridad y tan incierto el éxito. El rey, por el contrario, se mostró muy resuelto, y su voluntad fué tan franca que arrastró á la de Cavour. Tomada su resolución, éste se guardó muy bien de regresar inmediatamente á Turín, á fin de que los embajadores, si se les antojaba ser indiscretos, no se encontrasen sino con secretarios ignorantes ó irresponsables. Quedóse, pues, en Bolonia, visitándola en detalle y pasando sobre todo un día y otro larga hora en el museo.

La noche del 5 al 6 era la señalada para la salida. A la caída de la tarde numerosos hombres de aire marcial, aunque sin armas aparentes, formaron varios grupos y se dirigieron hacia la *Porta Pila* y tomaron el camino que por la costa conduce á Nervi. Cerca del pueblecito de Quarto se abre una caleta. Allí estaban amarrados los botes en que los expedicionarios habían de trasladarse á bordo de los vapores. La noche era clara y hermosa, demasiado clara si la complicidad de las autoridades no hubiese hecho el misterio inútil. Garibaldi bajó á la orilla vistiendo su traje tradicional, camisola encarnada, sombrero y *poncho* americano. Empezaba la epopeya, heroica y grotesca á la vez. Mientras tanto, los que se habían quedado en Génova se dirigieron al muelle y fingieron atacar á los vapores. Hubo un simulacro de refriega y los tripulantes cedieron. Los buques salieron del puerto en medio del sueño obstinado de todos los encargados de vigilar. Ya empezaba á clarear cuando los vapores fueron acostados por los botes procedentes de la caleta de Quarto. Los hombres saltaron rápidamente á bordo. Se pasó lista. Los nuevos Argonautas, héroes, filibusteros y piratas á un mismo tiempo, eran en número de 1.085. Las lanchas regresaron á la playa y los vapores se alejaron con rumbo al Sur.

Al día siguiente la grave noticia cundió por Génova. Los cónsules telegrafiaron, las cancillerías se conmovieron y los embajadores reclamaron. ¿Qué significaba aquella expedición? ¿Dónde iba á desembarcar? ¿Qué tolerancia singular la había dejado partir? En Francia, sin embargo, la prensa oficiosa trató de tranquilizar al público. *La Patrie*, después de haber anunciado la empresa de Garibaldi, añadió: «No tenemos necesidad de decir que el gobierno piomontés reprueba esa conducta, que es no sólo un acto de insubordinación, sino una verdadera traición para con él. Por lo demás, el buque que lleva á Garibaldi ha sido señalado en toda la costa (1).»

Había sido señalado, en efecto, pero á fin de que se le protegiese. El almirante piomontés Persano se hallaba estacionado en el golfo de Cagliari. Se le dió orden de apresar los buques garibaldinos si tocaban en algún

(1) *La Patrie*, 8 de mayo de 1860.

puerto de la Cerdeña, pero de dejarlos continuar su ruta si navegaban en alta mar. El almirante quiso instrucciones más precisas. «¿Debo poner obstáculo á la expedición ó dejarla pasar?, preguntó. En el primer caso, telegrafiadme *Cagliari*, y en el segundo caso, *Malta*.» Cavour contestó con este lacónico parte: «El *ministerio* ha decidido *Cagliari*.» No era difícil leer entre líneas. El *ministerio* que decidiera *Cagliari* era el gobierno oficial, al que importaba no obedecer. Persano replicó con estas dos palabras: «He comprendido (2).» De todos modos, ¿qué hubiera podido hacer? Mientras se cruzaban estos partes, Garibaldi había tomado la delantera, continuando su ruta. El 11, al despuntar el día, los expedicionarios se hallaban á la vista de la costa siciliana, y pronto divisaron los muelles y las casas de Marsala.

La misma deidad favorable que protegiera la travesía protegió el desembarque. Esta vez tomó la forma de dos buques británicos que, por una feliz coincidencia, habían llegado allí aquella misma mañana. De los vapores sardos, el *Piamonte*, mucho más veloz que el otro, llegó el primero al puerto y á toda prisa desembarcó á sus pasajeros. El *Lombardo*, de menos andar, se hallaba todavía algo lejos. Dos buques de guerra napolitanos, noticiosos del suceso, se acercaron á toda máquina. Al empezar el ataque, intervinieron los ingleses, pidiendo que se suspendiera la acción hasta que sus oficiales, que en su mayor número se hallaban en tierra, hubiesen vuelto á bordo. Por temor, por aturdimiento ó por candidez, los napolitanos se prestaron á aquella dilación. Pero, al reanudar el fuego, el desembarque había concluido. Su único consuelo consistió en apoderarse de los vapores. Estaban vacíos, y los garibaldinos, ya formados en columnas, desfilaron marcialmente por las calles de Marsala.

Estos fueron acogidos de pronto con frialdad, pues no hubo más que estupor donde esperaban entusiasmo. La insurrección que había agitado la isla decrecía. Marsala, ciudad comercial, nada tenía que ganar con las rebeliones. Los habitantes miraban azorados á aquellos extranjeros, que tenían casi tanto de bandidos como de libertadores. Algunos entraron en los almacenes de depósito y bebieron en exceso los vinos espirituosos del país. Garibaldi se apresuró á llevarse á sus hombres fuera de la ciudad y los hizo vivaquear en el campo, donde se les juntaron unos cincuenta reclutas armados de escopetas. Al día siguiente, en Salemi, el recibimiento fué algo mejor, y llegaron algunas partidas. Era todo lo que pedía Garibaldi. Este organizó su pequeño ejército y, sin estar seguro de nada á excepción del terreno en que acampaba, se proclamó audazmente dictador de la isla.

Cavour, que había regresado á Turín en la noche del día 5, esperaba con ansiedad noticias de la expedición. Sólo temía que Garibaldi, una vez en alta mar, en lugar de hacer rumbo hacia Sicilia, abordase en algún punto de los Estados de la Iglesia, lo cual podía originar un conflicto con las tropas francesas. Y, en tal caso, ¿cuáles no serían las consecuencias de tan loca intenciona? Acosaba á preguntas á La Farina, jefe de la *Sociedad nacional* y habitual *truchemán* entre los revolucionarios y él.

(2) Persano, *Diario político militare*, pág. 20.

Este procuraba tranquilizarlo diciendo que había presenciado la salida; que de siete compañías, Garibaldi había confiado el mando de cuatro á sicilianos, cosa que no hubiera hecho si no hubiese tenido el propósito de libertar á Sicilia (1). En el fondo, La Farina estaba intranquilo como Cavour. Por fin llegó la noticia del desembarque en Marsala, que causó á Cavour una inmensa alegría.

Tranquilo por esta parte, el primer ministro tenía que afrontar los reproches de Europa. Esperaba irritadas reconvencciones de Rusia, Prusia y Austria, y, sin embargo, no se preocupaba de ello en demasía. Algún mayor cuidado le daba el lenguaje de Francia. Talleyrand no le escatimó las pruebas de reprobación; recordándole los precedentes avisos y manifestándole su extrañeza de que el gobierno sardo, tan cuidadoso de detener á los comisionados de enganches pontificios, se hubiese encontrado súbitamente desarmado en presencia de otras reclutas. Cavour salió del paso negando toda participación en la empresa, y, para que nadie lo pusiese en duda, desaprobó públicamente en la *Gaceta oficial* la expedición del *condottiere* (2). No le fué difícil á Cavour disculparse con Inglaterra. De pronto Russell manifestó algún disgusto, pues temía que Francia, en caso de tolerar aquella nueva audacia, se hiciese pagar de nuevo sus complacencias; pero le aseguraron que no se cedería ni una pulgada de terreno italiano (3), y le pareció que todo iba bien.

«Según el triunfo ó la derrota, se llamará Guillermo de Orange ó se llamará Murat.» Así se expresaba el *Times* hablando de Garibaldi. A juzgar únicamente por las apariencias, había muchas probabilidades de que se llamase Murat. Pronto iba á tener que combatir contra todas las fuerzas militares de Sicilia, y si éstas no le vencían, se las tendría que haber con todas las que viniesen de tierra firme. Sus partidas, aunque engrosadas, no merecían el nombre de ejército y se necesitaba tiempo para que llegasen nuevos reclutas de Génova. El aventurero se echó en brazos del destino. Aceptó la batalla contra un cuerpo de napolitanos enviado á cerrarle el paso. Empeñóse la lucha el día 15 de mayo cerca de Calatafimi. Los realistas tenían las ventajas del número, la disciplina y la posición. El combate fué tenaz, pues las fidelidades aún no habían sido minadas como más tarde lo fueron. Pero el arrojo de los garibaldinos triunfó al fin. El 17 de mayo, Garibaldi estaba en Alcano; el 18, en Partinico; el 21, en Parco, á pocas leguas de Palermo.

Hacia días que la ciudad estaba ocupada militarmente, y el aspecto bastante marcial de las tropas parecía prometer una vigorosa resistencia. El mando había sido confiado al veterano general Lanza. En aguas de Palermo se hallaban estacionadas las escuadras de varias marinas extranjeras, atentas á proteger á sus nacionales y curiosas de seguir la extraordinaria aventura. El 23 de mayo circularon malas noticias: decíase que Garibaldi se acercaba á la ciudad. Sin embargo, el día 24 se pasó tranquilamente. El 25 reinó la misma calma,

(1) La Farina, *Epistolario*, tomo II, pág. 317.

(2) Véase *Gazetta ufficiale del regno*, núm. 118, 18 de mayo de 1860.

(3) Notas de Cavour á sir James Hudson, 30 de mayo (*Further correspondence relating to the affairs of Italy*, pág. 21).

y hasta corrió la voz de que los rebeldes, los *filibusteros*, como se les llamaba, operaban su retirada hacia las montañas. Al día siguiente, el comandante de la escuadra británica, en compañía del cónsul, emprendió un largo paseo en carretela. Habían andado algunos kilómetros, cuando vieron salir de una maleza varios soldados que parecían salteadores de caminos y que les cerraron el paso con la bayoneta calada. Diéronse á conocer. «*Bene, bene, avanti*,» les contestaron los aventureros, y desaparecieron en la espesura. El mismo día tres oficiales de la marina inglesa, que se habían aventurado hasta Misilneri, cayeron en el campo mismo de Garibaldi. El jefe del *ejército libertador*, como él se llamaba, vivaqueaba tranquilamente en una viña con su hijo mayor Menotti, unos cuantos compañeros italianos y húngaros y tres ó cuatro frailes, pues nunca dejó de llevar algunos en su escolta, «como representantes de la religión de Cristo,» decía él. Garibaldi recibió con mucha amabilidad á los marinos británicos; les hizo sentar en el suelo, á su lado, y les convidó á comer crema y fresas recién cogidas. A pocos pasos de allí se alzaba su tienda compuesta de mantas viejas y guardada por un niño de unos quince años. El *condottiere* parecía un pastor de pueblos y no un conquistador de reinos. En el momento de la partida de los oficiales, varios voluntarios quisieron aprovecharse del coche para ir á explorar más cómodamente las inmediaciones de Palermo. Costó trabajo hacerlos desistir de semejante propósito. A la caída de la tarde, los tres marinos regresaron á la ciudad, donde pudieron felicitar á los realistas por la vigilancia de sus exploradores y la exactitud de sus informes (4).

Lo que era simple pastoral se convirtió al día siguiente en tragedia. El 27, al amanecer, Garibaldi entró en Palermo por la puerta Termini, que hoy lleva su nombre. Sus compañeros ocuparon las calles erizándolas de barricadas contra toda vuelta ofensiva. Poco á poco, los realistas cedieron el terreno; pero, lejos de cesar en su resistencia, se replegaron en el castillo, desde el cual bombardearon á la ciudad. El fuego duró largo tiempo y causó grandes estragos, sobre todo en la población. El día 30, el general Lanza, cansado de aquellas destrucciones, se decidió á tratar de *Excelencia* al que la víspera no era más que un pirata. Escribió á su adversario pidiéndole una suspensión de armas. Entre Garibaldi y los napolitanos, representados por el general Letizia, se celebró una entrevista á bordo del buque inglés *Hannibal*. La suspensión de armas fué convertida en armisticio; y luego el mismo armisticio fué prorrogado, y Palermo, poco antes abrasada por el incendio, resplandeció al jovial resplandor de las iluminaciones. Por fin las tropas reales evacuaron la fortaleza y encontraron sus mejores medios de resistencia en Mesina. Lo que al principio parecía farfanteonía se convirtió en realidad, y, un mes después de haberse embarcado en Génova, Garibaldi pudo decirse, no sin razón, el verdadero amo de Sicilia.

Todos los trabajos de Garibaldi parecerán fáciles si se les compara con la complicada intriga que entonces realizaba Cavour. Tenía que retener el movimiento á

(4) Véase almirante Mundy, *Annibal at Palermo and Naples during the Italian revolution*, págs. 105-109.